

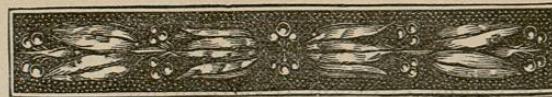
BIBLIOTECA CENTRAL  
U.A.M.L.

...que se han producido en el mundo...  
...de la historia...  
...de la humanidad...  
...de la civilización...  
...de la cultura...  
...de la ciencia...  
...de la filosofía...  
...de la literatura...  
...de la música...  
...de la pintura...  
...de la arquitectura...  
...de la escultura...  
...de la poesía...  
...de la prosa...  
...de la dramática...  
...de la comedia...  
...de la tragedia...  
...de la novela...  
...de la historia...  
...de la geografía...  
...de la astronomía...  
...de la física...  
...de la química...  
...de la biología...  
...de la medicina...  
...de la agricultura...  
...de la industria...  
...de la minería...  
...de la navegación...  
...de la guerra...  
...de la paz...  
...de la libertad...  
...de la justicia...  
...de la equidad...  
...de la fraternidad...  
...de la caridad...  
...de la fe...  
...de la esperanza...  
...de la caridad...  
...de la fe...  
...de la esperanza...

## DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE SAN JUAN  
NEPOMUCENO, DEL SALTILLO, LA NOCHE DEL 18 DE  
OCTUBRE DE 1885.

DISCURSO



Cuán grato es al intrépido Piloto  
Los mares recorrer á toda vela,  
En bien armada nave, que tripula  
Gente tan valerosa como experta.

Ni escollos la detienen, ni la triste  
Inmensidad del piélago la arredra,  
Ni la calma falaz la desanima  
Ni la acobarda la hórrida tormenta.

Ya á lo largo camina de la costa,  
Ya de la orilla sin temor se aleja,  
Ya en estrechos y golfos se introduce,  
Ya en alta mar impávida navega.

No bien arriba al abrigado puerto  
Cuando otra vez el ancla ansiosa leva;  
Si aquí recoge cargamento rico,  
Allí más carga y pasajeros deja.

Ya se detiene á reparar sus lonas,  
Ya el roto casco rápida carena;  
Ya repone el timón, ó ya oportuna  
De provisiones hinche su bodega;

Pero en bonanza ó tempestad, de día  
Ó de noche, en invierno ó primavera;  
Ya la agiten los vientos, ya en la rada  
La conserven al áncora sujeta,

Sigue constante el prefijado rumbo,  
Nunca abandona la trazada senda,  
Y sin retroceder ni desviarse  
Más de una vez al mundo da la vuelta.

La mira su patrón, y en su estructura  
Y raudos movimientos se deleita;  
Y aunque la cubran las rugientes olas  
Y el huracán en torno se embravezca,

En pie sobre la popa y sin moverse  
Exclama: "Oh mi bajel: no hay en la tierra  
Peñasco más inmóvil que tu quilla,  
Más seguro lugar que tu cubierta."

Seis años hace ya, que así mis ojos  
De este plantel espléndido contemplan  
La próspera barquilla, que las aguas  
De peligroso mar surca velera.

Y si mi encanto fué, cuando seguía  
Entre su chusma su fortuna incierta,  
Hoy que, mía y no mía, llego á su bordo  
Huésped y no patrón, más me embelesa.

Es singular la posición, Señores,  
Del Prelado que aún os apacienta:  
Hoy vengo cual visión del otro mundo,  
Más que como Pastor, como alma en pena.

Cuando el último invierno os dirigía  
La despedida que juzgó postrera  
Vuestro filial cariño, resonaba  
En derredor de mí, marcha funérea,

En tanto que volaban lisonjeros  
Plácemes mil á la feraz Morelia  
Al anciano eremita á quien tocara  
Dichoso recoger mi rica herencia.

Sobre un sepulcro resonaron sólo  
Mis congratulaciones y las vuestras,  
Y antecesor y sucesor á un tiempo  
Soy, de quien á mí propio sucediera.

Vengo, pues, como espectro de ultratumba,  
Como sombra que baja de otra esfera,  
Ó como humano fénix, que renace  
Si no de su ceniza, de la ajena;

Y con el imparcial, sano criterio  
Con que juzgamos las pasadas épocas,  
Voy á hablaros de eventos y *quorum magna*  
*Pars fui*, cual si á otros atañeran.

Oid, oid: solicitar no dudo  
De este concurso la atención benévola.  
Esta noche, ninguno de mi labio  
Debe aguardar ni rayos ni centellas.

Huyeron al partir, cual por encanto  
Del magullado cuerpo las dolencias;  
Borrándose con ellas la memoria  
De ingratas, melancólicas escenas:

Y del último lustro, solamente  
Dulces recuerdos en mi pecho quedan;  
Dulces recuerdos que á evocar, mi labio  
(Si en escucharme consentís) se apresta.

Aun me parece ver la que cubría  
Estas colinas, multitud inmensa  
Cuando como Pastor, vuestras murallas  
Salvé gozoso por la vez primera.

Con qué vivo interés á los certámenes  
Quise asistir de la naciente escuela:  
Naciente, sí; pero que ya en la cuna  
Ostentaba, cual Hércules, sus fuerzas.

Con qué placer distribuyó mi mano  
Las todavía humildes recompensas:  
Cómo me estremecí, de himnos latinos  
El ritmo al escuchar y de odas griegas.

Mis oídos regala todavía  
De los sonoros versos la cadencia  
Con que me saludabais amorosos  
En agradable pastoril comedia;

Y decorando los poblados muros  
Veréis, de mi querida biblioteca,  
La que me disteis, rústica zampoña  
De agrestes cañas y de limpia cera.

Forjola (¿recordáis?) la activa mano  
Del que empuñaba la difícil rienda  
De este colegio, y hoy lejano aprisco  
Consagrado Pastor, sabio gobierna.

Dedicadle un recuerdo cariñoso,  
Hoy que lozana madurez ostenta  
La misma vid cuya enfermiza infancia  
Con ternura cuidó más que materna.

Quien hoy la mira próspera y frondosa,  
Sus ramos extendiendo por doquiera  
Y cargada de espléndidos racimos  
Que con su dulce peso la doblagan,

No puede ni por sueño figurarse  
Qué cuidado, qué afán, cuánta firmeza  
Tuvo que desplegar aquel valiente,  
Y cuánta vigilancia y qué paciencia.

Tamaños sacrificios, el divino  
Agricultor tan generoso premia,  
Que cuando con sus frutos y frescura  
El anhelado Otoño dió la vuelta,

En los estrechos muros no podía  
Caber la muchedumbre escolaresca  
Que no ya el alfabeto, mas los arduos  
Principios estudiaba de la ciencia;

Y al coronar las juveniles sienas  
De verde lauro con guirnalda fresca,  
No ya drama ordinario me ofrecisteis  
Sino sagrada varonil tragedia.

Ver me parece al mártir Agapito  
Con yertos labios y la faz sangrienta,  
Entonar al Señor himnos de gozo,  
De Preneste al caer sobre la arena.

De las bien retratadas catacumbas  
Se me figura ver las toscas piedras,  
Y los cantos oír de los cristianos  
Que del niño feliz la tumba cierran.

Acaso pensará profano vulgo  
Que al celebrar con teatrales fiestas  
El instante solemne que de un año  
La incertidumbre y los afares premia,

Pretende el complaciente pedagogo  
Divertir á la ociosa concurrencia,  
Como el payaso en lid de toros bravos  
Ó de gallos en bárbara pelea.

¡Oh! No fué tal el fin que de Loyola  
Se propuso en verdad el santo atleta,  
Cuando introdujo máscara y coturno  
En el augusto templo de las letras.

Aunque antes os lo he dicho, perdonadme  
Que lo repita por la vez centésima:  
Las tablas son dintel de la tribuna  
Y al joven para el púlpito amaestran.

Su acento purifican; sus modales  
Pulen, y dan y quitan la vergüenza  
Obligando al labriego más rehacio  
*El pelo á sacudir de la dehesa.*

Son, si decirlo puedo, semejantes  
Á los limpios espejos de Venecia,  
Cuyo puro cristal, los adelantos  
De los últimos meses fiel refleja.

¡Ay! El año siguiente, año terrible  
Para el Pastor y su afligida Iglesia,  
De vuestros adelantos ser testigo  
Me negó la divina Providencia;

Y cual galán de Calderón, que ronda  
Sin acercarse, la adorada reja,  
Ó el esposo del Cántico de Cánticos  
*Respiciens per cancellos et fenestras,*

La misma noche que os premiaba ufano  
El Rector á mi nombre y en mi ausencia,  
Sin atreverme á penetrar, rondaba  
De la cara ciudad á pocas leguas.

Ciudad querida, sí, por más que dude  
De mi aserción, mordaz maledicencia.  
Por no afligirla, derramado habría  
La sangre toda de mis ricas venas.

Sólo el sepulcro borraré el recuerdo  
De sus colinas plácidas y bellas,  
Y de las horas de ocio laborioso  
Que de San Juan me dió la verde huerta.

Bajo sus viejos árboles frutales,  
Al rumor de su fuente vocinglera,  
Quizá por la vez última, vinieron  
Á inspirarme las ninfas de Pieria.

Y del mundo olvidado y de sus cuitas,  
Transportado en espíritu á la Grecia,  
Con Píndaro canté luchas y juegos  
Y el Olímpico polvo y las carreras.

¡Ah! ¿Cómo no adorar á la que tanto  
Placer y gloria me brindó halagüeña?  
Si amargo lloro le arranqué... ó rugidos...  
Fué á pesar mío, y de mi amor en prenda.

“Á la noche sucede el claro día  
Y al Invierno la alegre Primavera  
(Tal dice Kempis en su libro de oro)  
Y la serenidad á la tormenta.”

No bien cesó de la impiedad la noche,  
Y á mis ojos lució la aurora nueva,  
Á vosotros volé, y aquí se unieron  
Del verdugo y la víctima las diestras.

¡Oh, cuánto me asombraron de dos años  
Seguidos, las jornadas gigantescas!  
¡Con qué placer á la incontable turba,  
Á la luz arengué, de las estrellas!

Y enardecido dirigí á los padres  
De nuestra juventud, súplica tierna,  
Temiendo que, cual muchos, impacientes  
De sus hijos truncaran la carrera.

No arrebató la brisa, cual temía,  
Mis ruegos esta vez, y aún contempla  
Mi ojo reconocido en esta sala  
De la turba escolar á la cabeza,

Ocho robustos jóvenes, que han visto  
Estos muros crecer, como la hiedra,  
Del *Alma Mater* adheridos siempre  
Á la cara pared y augusta puerta.

Testigo yo de sus primeros pasos  
En la difícil literaria senda,  
Con qué placer sus rápidas cuadrigas  
Miro tocar la suspirada meta.

Disputar en asuntos metafísicos,  
Tratar con precisión cuestiones de ética,  
Analizar y unir sustancias químicas,  
Producir y domar la lumbre eléctrica,

Todo lo saben ya. Con las medallas  
Que sus largos afanes recompensan,  
Con cuerpos de varón y alma de niño  
De la familia al seno hora regresan.

De sus primeros frutos, el Colegio  
Diocesano en verdad no se avergüenza;  
De la cristiana educación antigua  
Bien puede presentarlos como muestra.

Decidme: ¿se parece á esta falange  
La mascarada estúpida y grotesca  
Con que hace un mes, hereje advenedizo  
Insultó á nuestros padres y á la Iglesia?

Mas ¿qué empiezo á decir? Silencio. ¿Adónde  
Mi reprimida indignación me lleva?  
Entonces ¿de qué sirve á mi discurso  
Del verso y asonantes la cadena?

Respetable concurso; profesores  
Que de San Juan regís la alma Academia;  
Caros alumnos de los cuatro Estados  
Que mi cayado gobernó ó gobierna:

No sé qué mande la Romana Sede;  
Juzgo, sí, que será la última arenga  
Que escuchéis de mi voz, la que hoy en verso  
Falto de inspiración, vierte mi lengua.

¡Adiós! Vendrá después quien las verdades  
En copa os dé quizá de almíbar llena;  
Quien juzgue que el silencio siempre es oro  
Y gane, con callar, las almas vuestras.

Mas otro no hallaréis que sacrifique  
Su honor, su vida, su salud, su hacienda,  
Con más abnegación que vuestro Padre;  
Nadie, de cierto, que en amor lo venza.



## DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE SAN LUIS

POTOSÍ, LA NOCHE DEL 29 DE NOVIEMBRE

DE 1885.